
GACETA MÉDICA DE MÉXICO

PERIÓDICO

DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE MÉXICO.

RASGOS BIOGRÁFICOS

DEL ILUSTRE NATURALISTA MEXICANO

DOCTOR LEOPOLDO RIO DE LA LOZA.

I.

El Dr. Leopoldo Rio de la Loza, originario de México, nació en la Capital en Noviembre de 1807: hijo de padres pobres, trabajadores y honrados, el niño formó su educacion infantil bajo los principios más rectos de la moral, y á la influencia de las afecciones amorosas y tiernas del cariño paternal. La obediencia, respeto y amor filial, fueron las prendas morales más resaltantes del niño Leopoldo, quien con cariño y acendrado empeño, ayudaba á su digno padre, el Sr. D. Mariano Rio de la Loza, en todas aquellas faenas que competian con su edad, dedicándose á la elaboracion de productos químicos de que este señor se ocupaba en la fábrica que poseía: á la par que se afanaba por ser útil á su familia desde los primeros años de su vida, concurría á la escuela para formar su educacion primaria, fuente inagotable de los sólidos principios que en todo ciudadano arraigan el amor por el estudio y por el trabajo, engendran el deseo vivificante del progreso, y hacen germinar los magníficos instintos sociales, que más tarde fructifican en bien de la sociedad donde han florecido.

¡El niño Leopoldo estaba predestinado á ser uno de los genios científicos con que se honra la nacion que les da el sér!

Niño como era, ayudaba á su padre en las diversas preparaciones que, en su laboratorio de productos químicos, habia necesidad de practicar, pues siendo la familia pobre, no poseyendo una fortuna regular, y no teniendo con que subvenir á los gastos urgentes de su casa, era preciso que los principales gefes de la familia trabajaran incesante-

mente, á fin de que con la venta de los productos químicos se hicieran los gastos económicos de ella.

La indole, la predestinacion y el amor al saber, hicieron del niño Leopoldo un hombre, que se dedicara con asiduidad y deseara llegar á poseer los conocimientos imperfectos que de las manipulaciones químicas se tenían entónces. Su alma de infante con inspiraciones de sabio, le habia hecho entrever en sus elucubraciones del presente, un mundo de felicidad al penetrar en los ensueños científicos del porvenir.

Ocho años contaba el niño Rio de la Loza el año de 1815. En uno de esos desgraciados dias en que ejecutaba las manipulaciones químicas convenientes para preparar una regular cantidad de bicloruro de mercurio, aconteció alguna desgracia que hizo fracasar en parte la operacion, y de este malhadado suceso resultó el incendio de la fábrica y el envenenamiento del niño, que casi próximo á una muerte segura, padeció horriblemente hasta su total restablecimiento; pero la curacion no fué tan perfecta, supuesto que á las edades adulta y viril, aun presentaba una gastralgia tenaz, y quién sabe si el enfisema que le llevó al sepulcro se haya producido por aquel envenenamiento.

Tras esta terrible desgracia, el 27 de Julio de ese mismo año, murió el señor su padre de resultas de una enfermedad hidrargírica producida por aquel desgraciado suceso, en la casa número 7 de la calle del Apartado, donde tenia planteada su fábrica de productos químicos.

Hélo convertido en padre de familia, ayudando á la señora su madre en los trabajos de laboratorio, para cubrir las necesidades de la viuda, de cuatro hermanos huérfanos menores que él, y atendiendo á su educacion primaria.

La tierna y amorosa madre le ayudaba en cuanto juzgaba conveniente, para aligerarle la carga de las atenciones domésticas, entusiasmándolo y ensalzando las dotes morales y sociales del hijo predilecto.

El año de 1819 terminó la educacion primaria del infante Rio de la Loza, presentando el 22 de Enero un certámen público, en el que obtuvo el primer premio de caligrafía, y un triple triunfo, por el exámen público que sostuvo, por el premio á que por su instruccion se hizo acreedor, y por los plácemes de la familia, que formaron para él lo más sublime de su felicidad.

La nebulosa se iba condensando para sufrir las metamórfosis que, más tarde, la debian convertir en un astro luminoso y radiante.

Concluida esa primera evolucion intelectual de la niñez, cuando el cerebro recibe la exquisita impresion indeleble de las ideas sociales rei-

nantes, que las diferentes épocas de la vida político-social graban, el hombre por su índole, por su instinto, y por esa trasformacion psíquica producida á favor de las impresiones extremas desconocidas, prosigue en su marcha de perfeccionamiento intelectual, como prosiguen en su perfeccionamiento los órganos materiales que presiden la inteligencia.

El jóven Leopoldo comenzaba el año de 1820 su educacion secundaria. El antiguo colegio de San Ildefonso y el de Minería abrian sus puertas y sus aulas al néofito de la ciencia, al jóven huérfano y sin porvenir brillante, que ponía la piedra angular del templo augusto de la inmortalidad, en donde más tarde, el mundo debía adorarle en medio de los destellos que emite la inextinguible luz de la sabiduría.

En las aulas de esos majestuosos edificios, es donde el jóven Rio de la Loza ha formado su alma. En el de Minería, sobre todo, es donde empezó á seguir las lecciones de Química, bajo la direccion del profesor Manuel Cotero.

En las aulas de aquellos colegios fué, donde por su aplicacion y constante estudio, logró sobreponerse á sus condiscípulos, y captarse los más distinguidos lugares; allí donde perfeccionó su educacion y urbanidad, y allí, finalmente, donde por sus modales finos é insinuantes, se conquistó el aprecio de sus maestros y superiores, obteniendo honores, distinciones y premios que apénas bastaban á hacer una excepcion de su mérito.

¿Sabeis con qué sacrificios, y á costa de qué penalidades avanzaba: en la senda que se habia trazado?

Esas penalidades, la orfandad, las privaciones, la distancia, el trabajo cuando regresaba por las noches á su casa, eran pequeñas molestias para aquel jóven predestinado; y nada le importaba hacer una caminata desde el Niño Perdido donde vivia, hasta San Ildefonso, y regresar por la tarde recorriendo igual espacio, para dedicarse en compañía de su respetable madre por la noche, hasta horas muy avanzadas, al trabajo que les producía el sustento, á las faenas que les daban los elementos necesarios para subvenir á las necesidades de la familia.

A pesar de esas molestias, de esas privaciones y de esos trabajos, el jóven Rio de la Loza presentó año por año el exámen respectivo de cada curso, hasta terminar los estudios secundarios que se requerian para dedicarse á los estudios profesionales.

La terminacion de los estudios secundarios fué un nuevo triunfo para el futuro profesor. Los conocimientos científicos adquiridos, eran para su alma un aliciente poderoso que produjo el vehemente deseo de la instruccion superior.

La luz se había hecho: aquel cerebro joven y lleno de vida, ardia en entusiasmo bajo los impulsos de su alma, que llevados por la ignota estrella del porvenir, hacian más ávido de saber al genio que hoy reputamos como la honra de México, como el tipo de los sabios y de los filántropos.

Concluidos sus estudios preparatorios, y animado quizá por el entusiasmo del Sr. Dr. José María Vargas, á quien el joven Leopoldo debía mil consideraciones de amistad, emprendió sus estudios profesionales en el hospital de San Andrés, al mismo tiempo que en el de Jesus, bajo la direccion del célebre Dr. Villa y de otros maestros que dirigian aquellos establecimientos. A la vez que hacia sus estudios médico-quirúrgicos, concurría al jardín del Palacio Nacional, á fin de dedicarse á la Botánica, por cuya parte de la Historia Natural tuvo un entusiasmo vehemente: á medida que se perfeccionaba, á medida que completaba cada uno de los cursos que en aquella época se señalaban como precisos para obtener el título de cirujano, se preparaba para el examen definitivo.

Trascurrieron en estos trabajos los años de 1822 á 1827: en el curso de este último se presentó ante el Tribunal del Protomedicato á sustentar el examen de cirujano, á fin de obtener el título de la profesion á que se habia dedicado. El examen fué brillante: obtuvo la aprobacion unánime de la Facultad de Cirugía, y con ella el título profesional que le abria en la sociedad un brillante porvenir, digno del genio que habia erigido el templo de su culto.

Grande fué el regocijo de la amante y tierna madre del joven, la Sra. Doña María Josefa de Guillen, quien no habia dejado de trabajar un solo momento para proteger los preciosos impulsos progresistas de su adorado hijo.

La mano de la Providencia habia permitido á esta excepcional mujer, ser, en esa época, el apoyo firme del joven Rio de la Loza, y dirigirlo hasta para elegir una esposa digna del corazon suyo, y acreedora al cariño de su hijo querido.

Quizá al indicar á su Leopoldo que «tendria mucho gusto en que se casara con la Srita. Magdalena Valderrama» en uno de esos momentos de expansion familiar, ya la señora presentia su próximo fin, supuesto que hasta con ternura aconsejaba á Leopoldo tal union. El obediente hijo efectuaba ese enlace por amor á Magdalena y cariño á su madre. El ángel de la felicidad batió sus alas sobre aquel hogar encantado, fascinando con sus deleites los ensueños de nácar y oro que formaban la ilusion de la familia.

Ese año de 1827 fué la época de los más brillantes y poéticos recuerdos para la modesta familia que, durante las vicisitudes de la orfandad, se había procurado labrar un magnífico porvenir, con los esfuerzos de una madre virtuosa y los de un hijo obediente y de buena índole.

La alegría y bienestar de la Sra. Guillen se exaltaron por la satisfacción que experimentaba con ver á su hijo con el título de cirujano, por la fruición que le causaba el enlace que le había recomendado, y la felicidad general que reinaba en el nuevo hogar doméstico. En aquel año, el cirujano Leopoldo Rio de la Loza, había efectuado su matrimonio con la Srita. Magdalena.

La mano del destino jamás marca en la vida de los seres una perspectiva siempre animada, constantemente risueña, en todo tiempo iluminada con esa luz indeficiente de los éxtasis divinos, que en la imaginación brotan al impulso de nuestras ilusiones celestiales.

El año de 1827, inaugurado felizmente para aquella bendita familia, se desgració en su trascurso: á los pocos meses de haberse verificado el matrimonio del jóven cirujano, la Sra. Guillen dejaba este mundo, llevando de bendiciones á aquella feliz pareja, que un día sería la honra de la familia en la sociedad mexicana.

Aquel funesto acontecimiento hizo abrir un nuevo cielo en la imaginación del jóven cirujano, quien no teniendo un capital pecuniario y sabiendo que su profesion no era bien vista en la sociedad, en aquella época de semi-barbarie social, optó por cultivar la preciosa carrera del farmacéutico. La botica de Portacœli, fué el teatro de su práctica y de sus estudios generales en la nueva carrera que emprendió; allí, confundido con los dependientes, trabajaba sin descanso en el estudio de la farmacia, y mantenía á la familia que había formado: allí permaneció con el Sr. Bustillos el tiempo necesario, hasta terminar la nueva carrera comenzada, logrando sobrepujar con su trabajo y dedicacion las dificultades que se le presentaron, y obteniendo del Congreso de aquella época, 1828, una dispensa de cuatro años de tiempo que le faltaban para efectuar su recepcion en la nueva ciencia profesional.

La Providencia protegía al jóven cirujano, porque en 1829 fué nombrado miembro de la Junta de Sanidad pública, y conservador de la vacuna. Es inútil decir que cumplió con los deberes de sus encargos.

Pero aquella alma no estaba satisfecha del saber y de los conocimientos que había adquirido; le era urgente remontarse á otras regiones y á otros estudios, para llegar á obtener ideas más sublimes de la naturaleza del hombre y de su destino en la tierra; á ese fin emprendió nue-

vos estudios que le sirvieron con el objeto de sustentar el exámen para recibirse de médico.

Concluidos sus estudios, verificado el exámen el 13 de Diciembre de 1832, fué aprobado unánimemente por la Facultad de Medicina de México, obteniendo el título correspondiente. El nuevo doctor en Medicina hacia su estreno el 16 de Agosto del año siguiente en medio de la asolacion y espanto que se notaban en la Capital por los destrozos y mortandad que el *Cólera mórbus epidémico* hacia en la floreciente poblacion de México.

El lazareto de San Lúcas, uno de los asilos establecidos en esa época por el ciudadano Presidente de la República, Valentin Gómez Farias, asi como los cuarteles números 9 y 15 de la ciudad, fueron el teatro de la caridad, dedicacion y constancia con que el nuevo doctor prestaba los auxilios de su profesion, sin temor al contagio de los epidemiados.

Pasada la memorable epidemia que devastó todo el país, el Dr. Rio de la Loza se habia hecho querer de todos los vecinos que lo conocian: su porte, su genial carácter, festivo y comunicativo con sus amigos, le hacian recomendable para sus clientes, quienes lo elevaron justamente en el aprecio popular. El 26 de Noviembre de 1833 se le nombraba Bachiller en Medicina de la Facultad Médica.

* *

Analizada la primera parte de la vida del Dr. Rio de la Loza, se ve que como hombre era un sér excepcional, quien dotado de buena índole, caracterizado por el cúmulo de cualidades morales é intelectuales que lo adornaban, y deseoso del saber, iba condensando gradualmente un acopio de conocimientos que de repente darian mucha luz en el campo social.

En la estadística social pocos hombres hay que tengan las cualidades sociológicas de predestinacion, como sucede con el carácter del Dr. Rio de la Loza. El papel de hombre, el de individuo en la familia, y el de un sér ávido de instruccion, forman en Rio de la Loza el carácter completo de un filántropo.

Por eso deciamos ántes, que la nebulosa se iba condensando para convertirse más tarde en un sol luminoso y radiante, cuya luz se debe admirar con tanta más razon, cuánto que su existencia se referia á una época de oscurantismo colonial.

II.

Entramos á la época más interesante de la vida del Dr. Rio de la Loza.

Vemos al adulto reposado, sensato y señor de sí mismo, dedicarse con un maduro juicio á estudios más trascendentales y prepararse para adquirir los medios de establecerse ventajosamente en la sociedad.

A instancias suyas, y ayudado de su magnífico porte social, alguna persona de posibilidad le ayudó pecuniariamente para tomar por su cuenta la botica de la calle de Vanegas. Esta oficina de Farmacia, desprestigiada, abatida, montada sin orden, y bajo los antiguos usos, pronto se regenera, y de una pocilga en que estaba convertida, pasa á ser un laboratorio adecuado para las necesidades de la Materia Médica y la Terapéutica. Allí estaba el genio regenerador: allí habia hecho su templo la ciencia.

Desde el momento que se habia dedicado definitivamente á la Farmacia, una de las tres ciencias que poseía, no vemos en esa oficina á un simple explotador comercial; vemos en ese lugar muy alto, al científico; hallamos en ese solio, al sabio y al investigador de los misterios de las ciencias naturales.

El estudio constante era su ocupacion primaria; los deberes de la familia eran como meras necesidades sociales.

El estudio á que se dedicó de preferencia desde Junio de 1834, fué el de la ciencia poco cultivada en aquellos momentos: la Química.

.....

Casi siete años habian trascurrido desde la instalacion que hizo en su nuevo hogar, siempre estudiando, constantemente aprendiendo; cuando un dia del año de 1841 convoca á su esposa é hijos á la sala de la casa: allí, en pleno concurso de familia, ostenta los resultados prácticos de sus estudios.

Improvvisando con un cajon embreado la cuba hidroneumática, con unas grandes copas boca abajo unas campanas, y usando de la flama de una bujia para conseguir la combustion de los gases, presentó una sesion química, la primera de su especie que en México se manifestaba, haciendo conocer las propiedades del oxígeno, hidrógeno, ácido carbónico, azoe y demás gases que habia preparado para la sesion científica.

Como en esta vez, en las que siguieron, ostentó ante el precioso concurso de su adorada familia, nuevas sesiones químicas que ponian de

manifiesto una grande doctrina: «la enseñanza práctica es el modo más adecuado de hacer los estudios de la naturaleza.»

Inútil es decir que á medida que vió coronados sus esfuerzos, perfeccionó sus utensilios y sus procedimientos. Ya el científico que sin maestros y sin émulos, habia logrado ponerse á la altura de los conocimientos europeos, tan aventajados entónces, no tenia empacho en dar cursos de Química práctica, ante personas eminentes que habian recorrido la Alemania y la mayor parte de la Europa.—Despues. . . . despues, no solo seguia paso á paso la ciencia en la evolucion natural con que se desenvolvía en el viejo mundo, sino que podia enseñar á los autores más notables de Francia, trabajos sobre Química orgánica, que son y serán la honra de tan ilustre doctor:

La filantropía fué la cualidad más relevante de su carácter; el estudio era su decoro como sabio: y entre la filantropía y el estudio, el amor á la ciencia habia sobrepujado al carácter del hombre eminentemente social.

Cuando los conocimientos científicos que poseía no dejaban que desear, cuando la luz de la ciencia era suficientemente clara para que se difundiera por la simple enseñanza práctica, ya no se limitó á un auditorio familiar. Ese auditorio se compuso despues, de neófitos, de personas ávidas de instruccion que, á la vez que aprendian, admiraban al genio mexicano que los adiestraba en el estudio de una de las ciencias naturales.

Una vez que llegó á poseer con perfeccion, en los años siguientes, la ciencia á que se habia dedicado; una vez que ella envolvía tratados especiales de análisis por el microscopio, por procedimientos docimásticos, *sui generis*, y por aplicaciones de aparatos inventados por determinados autores, su gabinete químico particular, se iba enriqueciendo con cada uno de aquellos instrumentos, utensilios y aparatos que no conocia, y dedicándose á su estudio, no cesaba de proseguir en él, hasta que se hallaba satisfecho de haber comprendido la construccion, objeto y usos determinados á que lo habia dedicado su autor.

Despues, no solo se perfeccionó en el uso comun de todos los procedimientos de Química analítica, sino que inventó algunos que eran de su práctica exclusiva.

En suma, habia adquirido muy profundos conocimientos prácticos en aquella difícil ciencia que habia cultivado; y tanto en la Química general como aplicada, en la analítica cualitativa y cuantitativa, como en la agrícola, sus conocimientos vastos no dejaron que desear en ningun ramo.

A este deseo vehemente de aprender, se unió un entusiasmo decidido por enseñar. En su alma no imperaba el egoísmo; en sus actos instructivos tenían una preponderancia extraordinaria las ideas de la difusión de los conocimientos científicos útiles, ideas que hacen elevar á las naciones, que tienen entre sus ciudadanos tales joyas, al apogeo de la civilización intelectual.

En los años siguientes, ya siendo un perfecto químico, se dedicó á la Geología y á la Mineralogía, que tanta conexión tienen con la Química, abarcando además, todos los ramos que constituyen la Historia Natural.

El profundo estudio de las ciencias que cultivó; la limpieza, exactitud, cálculo y escrupulosidad en el modo de ejecutar todas las manipulaciones químicas, así como la dote más notable que tenía por lo fácil de su elocución, causaban mucho atractivo y formaban al derredor de él, durante sus interesantes lecciones, una concurrencia prodigiosa de alumnos y aficionados, que no solo aprendían, sino que admiraban al maestro.

Los que recibimos sus lecciones en la clase de Química de la Escuela de Medicina, el año de 1849 como estudiantes, y como preparadores en los de 1850 y 51, íbamos ávidos de ciencia á extasiarnos bajo el influjo de la elocuente palabra de nuestro maestro, que con su método facilitaba la comprensión de los fenómenos que se estudiaban.

En la época en que la Escuela de Medicina no tenía edificio propio, y en que estábamos obligados, maestros y discípulos, á permanecer arriados al colegio de San Juan de Letran, el Dr. Río de la Loza subvenía á los gastos de la enseñanza práctica, haciendo que de sus boticas, pues ya entonces era dueño de la de la Merced, se llevaran todas las sustancias químicas que eran precisas para las experiencias.

Más tarde, en la Escuela de Agricultura, lo vimos enviar un vale de 500 ó 600 pesos contra el Sr. Bustillos ó contra su hijo el señor farmacéutico Maximino Río de la Loza, para hacer suplementos con que pagar el honorario de los maestros de aquella Escuela, siempre que el Gobierno demoraba la expedición de los pagos consignados en el presupuesto.

Sin ser de los fundadores de la Escuela de Medicina, siempre tomó mucho empeño en acrecentar los fondos de ella, y proteger su progreso y perfeccionamiento: años enteros pasaron en algunas épocas aciagas, sin que él y demás maestros, percibiesen honorario alguno por su trabajo.

Si como científico no descuidó jamás ponerse á la altura de los cono-

cimientos modernos, como profesor de Farmacia nunca dejó que se entronizara el abuso, y desde los primitivos tiempos de haberse dedicado á la laboriosa profesion de farmacéutico, quiso uniformar el modo de hacer las preparaciones de todo género, para quitar esa anómala costumbre de que los médicos recurrieran á farmacopeas extranjeras ó de tal manera antiguas, que pugnarán con las doctrinas modernas é hiciera trabajar doblemente á los profesores de farmacia, complicando sus operaciones y su despacho; á este fin cooperó con entusiasmo á la formacion de una Farmacopea Mexicana que cumpliera con las exigencias de la ciencia: el año de 1846 se publicó esta notable obra, circulando en todos los Estados de la República, y produciendo los buenos resultados que se esperaban.

Este precioso trabajo se realizó bajo las inspiraciones de una Sociedad de Farmacia, fundada entre varios farmacéuticos, y el Dr. Rio de la Loza.

Habiendo cambiado los tiempos, y encontrado que los progresos de las ciencias eran maravillosos, se trató, en 1872, en el seno de la actual Academia de Farmacia, de expedir una nueva Farmacopea Mexicana que llenara los vacíos que en la primera se notaban, poniéndola á la altura de las nuevas preparaciones á que se habian dado lugar con la elaboracion de nuevas sustancias descubiertas posteriormente. El trabajo fué arduo, dilatado y serio; al fin se terminó en 1874, publicándose luego la actual Farmacopea, en cuyo trabajo tomó una parte activa, á pesar de los quebrantos de su salud, el Sr. Rio de la Loza.

En el año de 1850 se presentó por segunda vez en México la epidemia del *cólera morbus*: epidemia terrible por los tristes y desoladores recuerdos que habia dejado diez y ocho años ántes, así como por los resultados que se habian obtenido con los métodos empíricos que los médicos habian empleado para su curacion. En esa época de desolacion y luto, nuestro maestro, en comision superior, haciendo abstraccion de la familia, de la enseñanza, de sus negocios y de su persona, se dedicó, en compañía de dos de sus discípulos, á investigar y examinar, si en la atmósfera existian los gérmenes que por infeccion ocasionaban el mal epidémico. A ese fin se hicieron, bajo su direccion, análisis del aire de la ciudad y de los hospitales, tomado á distintas alturas; se observó el estado eléctrico de la atmósfera; se analizaron las orinas y excrementos de los coléricos, y aunque de todos estos trabajos no le resultó de pronto algun conocimiento sobre la naturaleza de la enfermedad, el largo estudio á que ella dió lugar, le hizo descubrir en su retiro campestre de

Merced de las Huertas, algunos cuerpecillos microscópicos, á los que atribuyó la epidemia. Esto, como otros trabajos interesantes, han quedado ignorados hasta el presente.

De la misma manera emprendió otros estudios muy notables sobre objetos que eran peculiares á la salubridad de la Capital, sobre productos nacionales de uso alimenticio é industrial, y sobre sustancias medicinales.

El Diario del Gobierno publicaba el año de 1836 el primer artículo que salía del cerebro del Dr. Rio de la Loza, titulado: «Vejigatorios.»

En 1838 se leían con avidez los que se denominaban: «Azoturo de hidrógeno,» «Liparolado de estramonio,» y «Remedios inconstantes.»

Despues siguieron publicándose otros varios, que mencionaremos con los no publicados.

Las aguas potables de la ciudad (Dictámen).

El pulque.

El tequezquite del perímetro de los lagos y otras comarcas.

El puxí.

El azufre de nuestros volcanes.

El estafiate.

El ahuautili.

La sal del perímetro de los lagos.

El ácido pipitzoico ó Riólócico.

El análisis de las aguas de Atotonilco.

El agua potable de Teotihuacán.

Almejas.—Azufre y salitre.—Cistina.—¿Debe preferirse como purgante el protocloruro de mercurio preparado al vapor?—Drogas medicinales.—Nuevo papel reactivo.—Nuevo procedimiento para obtener el bicloruro de mercurio.—Efectos de la tarántula administrada al interior.

Introduccion al estudio de la Química.

Opúsculo sobre los pozos artesianos y las aguas de más uso en la ciudad de México.

Alumbrado de gas.—Lenguaje científico.

Un vistazo al lago de Texcoco; su influencia en la salubridad de México; sus aguas; procedencia de las sales que contienen.

El aerólito de Yanhuitlan.

El dictámen que formó en compañía de otros socios de la Sociedad de Historia Natural, nombrados en comision, para estudiar la *orchilla*, producto tintorial parásito, natural de la Baja California.

Otro dictámen que en la misma Sociedad se le encomendó sobre el

aerólito de la Descubridora, fueron los más notables trabajos del Dr. Rio de la Loza.

Es voz muy comun, que ya en los dos últimos años de su vida, quemó todos los escritos que permanecian inéditos, entre los que habia, si mal no recordamos, estudios muy interesantes sobre plantas y compuestos químicos geológicos del país.

Nos acordamos de haber leído el estudio completo sobre el maguey, como planta textil, productora del pulque, mezcal, aguamiel, azúcar y pita, segun las diversas especies que hay en la República Mexicana.

Aplicaciones de la Química á la agricultura.—Abonos animales.—Abonos naturales.—Abonos minerales.—Abonos de subfosfato de cal, obtenidos de los huesos calcinados, para los terrenos salitrosos.

Análisis de las aguas minerales termales del Peñon de los Baños y del Pocito de la capilla de Guadalupe.

Estudio sobre el aceite del *Chicalote*.—Estudio sobre la leche del mercado.

Muchos escritos sueltos sobre varios puntos de Química general, que acopiaba para formar una obra de texto. Entre estos eran muy notables los del cloro, bromo y yodo, así como el tratado de sales, en donde se referia al yoduro de sodio encontrado por él en los *romeritos*.

Varias hojas sueltas sobre apuntes importantes de análisis orgánico, de éteres, y ampliaciones referentes á diversas materias explanadas en sus lecciones de Química general.

Es indudable que aquel hombre, tan estudioso y trabajador, poseía un tesoro de obras propias, que sus ocupaciones domiciliarias y enfermedad, ó sus deberes como Director de varias escuelas científicas del Gobierno, le impidieron publicar con oportunidad.

Era imposible que un hombre tan notable en nuestro siglo, permeciese ignorado en México, nacion de moderna civilizacion, que hoy se encuentra por nuestra dicha á la altura de los conocimientos científicos de la vieja Europa. Si allá no es difícil encontrar sabios, porque la civilizacion científica ha sido tradicional durante el trascurso de varios siglos, aquí, en la patria de Hidalgo y de Juarez, es comun encontrarlos, á pesar de nuestras revueltas políticas, porque hay almas precoces que sobrepujan la tradicion civilizadora de los pueblos antiguos; por eso encontramos á este coloso de la ciencia en México, donde la experiencia, la práctica y el estudio constante, forman la cualidad esencial de los ciudadanos que van en pos de la civilizacion; aunque nuestra vida entre los pueblos civilizados, apenas cuente con me-

dio siglo de existencia y sea poco conocida de las naciones europeas.

El genio que se había hecho notable entre las Sociedades científicas de Europa y América, jamás podía ser despreciado por los representantes del poder público de la República. Los Presidentes y Ministros de todas épocas lo distinguieron á porfía: aun el Emperador Maximiliano, Gefe intruso del partido nacional descontento durante la invasion francesa, lo distinguió, colmándolo de honores, llamándolo hácia sí, sin lograr atraerlo; y dejándolo al fin en el puesto honroso de Director, guía y Mecenas de la juventud mexicana.

Esas consideraciones sociales de distincion al mérito, hicieron que sucesivamente lo nombraran para distintos empleos honoríficos.

En Julio de 1835 lo nombró la Facultad Médica, en compañía del Dr. Vargas, Inspector de medicinas.

En Enero de 1836 fué Inspector de las drogas extranjeras que ingresaban á la Aduana de la Capital.

En Noviembre de 1838 entró á la Escuela de Medicina como Profesor agregado á ella.

En Diciembre de 1844, se le nombró Proveedor general de las ambulancias médicas.

En 1845, se le dió el nombramiento de Catedrático de Química de la Escuela de Medicina.—Del mismo empleo en el Ateneo Mexicano, é Inspector de todos los establecimientos industriales.

En 1846, Miembro titular del Consejo de Salubridad.

En 1855, Catedrático de Química Médica en la Escuela de Medicina.

En 1852, Catedrático de Química en el Colegio de San Gregorio.

En 1854, Catedrático y Director de la Escuela de Agricultura, donde dió las más brillantes lecciones de Química general y de primer curso de Agricultura en 1865.

En 1863, Catedrático de Química orgánica en la Academia de Bellas Artes.

En 1867, Catedrático de Química general de la Escuela Preparatoria, cuando el nuevo plan de estudios concentró la enseñanza preparatoria en el colegio de San Ildefonso.

En 1868, Catedrático de Análisis Química de la Escuela de Medicina.

Todos estos nombramientos se hacian en su persona, no teniendo en cuenta la multitud de comisiones que las autoridades ó el Consejo de Salubridad le encargaban.

En las comisiones del Consejo de Salubridad, que se referian al inte-

res público y á la salubridad urbana, ponía una dedicacion fabulosa. Sus trabajos sobre estas diversas materias eran notabilísimos, y no excusaba gastos para importar instrumentos modernos con que hacer sus experiencias. A él se debe la introduccion del Lactoscopio de Donné, Lacto-Butirómetro de Marchand, Alambiques de Gay Lussac y Saleron, Colorímetro de Collardeau, y otros tan necesarios como éstos.

Siendo Subdirector de la Escuela de Medicina, y funcionando por la enfermedad del Dr. Vértiz en 1873, mejoró considerablemente todo el servicio práctico de las clases en que la enseñanza es objetiva. Procuró multiplicar los ejemplares de Anatomía patológica en el Museo de la Escuela, haciendo traer de Paris piezas de cera que representan diversas regiones, en donde se notan las enfermedades de la piel, y un magnífico microscopio biocular de los más delicados y propios para análisis microscópicos muy exquisitos.

Poco tiempo despues que Kirchhoff y Bunsen habian usado en Europa el espectroscopio para el análisis espectral, el Dr. Rio de la Loza empezó á usar tambien el referido instrumentó en México, y aun nos atrevemos á asegurar, que entre su archivo quemado, han perecido muchos apuntes relativos á esta parte de la Química.

Por último, no há mucho tiempo que fué presentado á la Academia de Medicina un trabajo notable, sobre la goma Archepin, y que, como todo lo suyo, siempre presentó una originalidad extraordinaria. . . .

Admirémos y glorifiquémos al astro radiante que en el cielo de México ha difundido una luz perenne, que iluminará todas las generaciones.

Hecha la luz en aquel cerebro científico, y esparcida en todos los ámbitos del suelo de la patria, nunca se extinguirá porque posee una fotósfera, como nuestro sol reverberante, cuya luz solo acabará cuando termine el mecanismo planetario que contiene entre sus órbitas la de la tierra.

III.

El fecundo genio de nuestro compatriota no se limitó á saber y enseñar.

El fecundo genio de ese fenómeno de la ciencia no conocia lo que era el egoismo; comprendia lo que ahora es vulgar; comprendia que el modo de vulgarizar los conocimientos científicos, es formar Sociedades científicas y relacionarse con las que existen, sean del país ó extranjeras.

El que prepara un terreno, abonándolo, removiéndolo y limpiándolo, cuando siembra sus granos, éstos germinan, crecen y fructifican; y cuando el fruto madura ya tiene seguridad de una pingüe cosecha.

El fecundo genio del Dr. Leopoldo Rio de la Loza, era el agricultor del porvenir: habia sembrado en buen terreno y con magnífica semilla; á tiempo de la cosecha iba á obtener opimos frutos.

Fundador de varias Sociedades que se hicieron de un nombre popular en la República y en el extranjero; las demás Sociedades científicas ó de beneficencia, nacionales y varias extranjeras, lo han hecho socio suyo, condecorándolo con el diploma respectivo y con medallas.

El fundador de varias Sociedades nacionales, conocia y sabia que uno de los mejores medios de representar los progresos científicos de toda nacion, es dar á conocer los trabajos de cada una de las Sociedades que existen en los países civilizados.

La reciprocidad era precisa. Esta razon sábia, tenia que ser un hecho práctico; y el agricultor del porvenir que habia cultivado su campo, que habia sembrado y cuidado su siembra, comenzaba á cosechar.

Por eso fué nombrado socio honorario de la Sociedad Médica fundada en la Universidad, en 1830.

Socio corresponsal de la Sociedad Médica de Guadalajara, en 1839.

Socio efectivo del Ateneo mexicano, en 1841.

Socio de número de la Sociedad Filoiátrica, en 1843.

Socio propietario de la Sociedad de Geografía y Estadística, en 1850.

Socio fundador de la Sociedad de químicos entusiastas, en 1851.

Socio propietario de la Sociedad de Mejoras materiales de la República, en 1852.

Socio fundador de la Sociedad médica de Beneficencia, en 1852.

Licenciado y Doctor en Filosofía: Licenciado y Doctor en Medicina, en 1854, (por la Universidad de la Capital).

Miembro de la Academia Nacional de Ciencias, en 1856.

Socio de la Sociedad Humboldt, en 1861.

Socio de la Asociacion Gregoriana, en 1866.

Socio de la Asociacion médica «Pedro Escobedo,» con el título de Presidente honorario perpétuo, en 1870.

Socio honorario de la nueva Sociedad Filoiátrica en 1871.

Miembro titular de la Sociedad de Historia Natural, en 1869, y Presidente honorario perpétuo de la misma, en 1873.

De primer socio honorario de la Sociedad Médico-quirúrgica «Larrey,» en 1875.

Entre las Academias y Asociaciones científicas de los Estados de la República, se hallan los nombramientos siguientes:

Socio honorario de las Sociedades «Filoíátrica,» «Porvenir,» «Médica» y de «Medicina» de Guadalajara.

De socio honorario de la Sociedad Médica de Guanajuato.

De socio idem de la Sociedad Médica de San Luis Potosí.

De socio inem de la Sociedad Médica de Puebla.

De socio idem de la Sociedad Médica de Toluca.

De socio de la Sociedad Médico-Farmacéutica de Mérida.

Las Sociedades extranjeras, europeas y americanas, le nombraron socio en el seno de ellas, y por eso lo vemos figurar como socio corresponsal de la Academia de Medicina y Cirugía de Madrid desde 1838.

Miembro de la Comision, nombrada por el Instituto de Paris, para estudiar y explorar científicamente el territorio de México.

Entónces publicó una «Reseña Histórica sobre Agricultura y Veterinaria de México,» y recibió de Paris una medalla de plata.

Miembro titular de la Sociedad Imperial de Zoología y Aclimatacion de Paris.

Socio honorario corresponsal de la Sociedad del Museo de Ciencias, Artes, Literatura é Industria del Continente americano en Nueva-York.

Socio corresponsal de la Sociedad Americana de Geografía y Estadística de Nueva-York, cuyo nombramiento vino acompañado de una medalla de plata.

Miembro corresponsal de la Academia de Agricultura de Florencia.

Recibió un diploma de honor enviado por la Sociedad Universal protectora de las Artes industriales de Lóndres, con la medalla de primera clase, por el descubrimiento del *ácido pipitzoico* ó *Riolócico*.

Fué agraciado tambien por la República con una medalla de plata de primera clase, y por el Imperio con la cruz del Aguila Roja mexicana.

El Dr. Rio de la Loza era un hombre muy interesante en los anales de la vida de México. El cúmulo de bienes que hizo á la sociedad, forman la más brillante página de su historia, que merece trasmitirse á las generaciones venideras, para que edifiquemos un santuario en donde venerémos al genio científico que ilustró á la juventud mexicana, civilizándola para las edades sucesivas.

IV.

Durante el trascurso de la vida social, el Dr. Rio de la Loza no fué ménos notable. El tino para administrar sus negocios, el buen éxito de cuantas empresas proyectaba y el ojo certero para escoger sus dependientes, le hicieron progresar, acrecentando sus bienes considerablemente. Debe añadirse á estas principales cualidades administrativas, el filantrópico deseo de hacer bien á sus parientes próximos en primer término, y á todos los extraños, amigos ó no, en segundo.

Cuando ya se habia adquirido un capital suficiente, y el crédito habia llegado al apogeo comercial, se estableció, bajo un lujo muy científico, la botica de la Merced: allí el Sr. Bustillos (padre) en compañía del Dr. Rio de la Loza, establecieron una oficina farmacéutica á imitacion de las europeas; miéntras que la de Vanegas, bien montada y mejor administrada por su hijo Maximino, no dejaba que desear en el servicio.

En Tlascuaque fundó una fábrica de ácidos, montando una cámara de plomo, la primera establecida en México, para fabricar ácido sulfúrico, todo con el correspondiente servicio de hornos y hornillas, retortas y demás utensilios, para la extraccion de los otros ácidos, y la preparacion de todo genero de éteres.

Su carácter de filántropo le hacia ser útil á sus semejantes, paisanos ó extranjeros; y entre esas protecciones nos acordamos de la que impartió al Sr. Cráveri, con tanto más merecimiento, cuanto que se trataba de un hombre científico, versado suficientemente en las ciencias químicas y falto de proteccion en un país extraño.

Cuando nos hemos relacionado con nuestro sabio maestro, ya se trataba de una época avanzada en su carrera científica, ya lo habiamos conocido viudo y con los hijos de la primera familia, formada durante la supervivencia de la primera esposa.

Su carácter jovial y expansivo, era severo, á la par que amoroso con esa familia, á la que lo unian los vínculos más cariñosos de los recuerdos de aquellos dulces tiempos.

Su viudedad se sostuvo hasta que sus hijos pudieron, ya formados y con carrera uno, en via de terminar la evolucion de su edad los otros, prestarse á la confianza íntima que su padre les hizo á tiempo de darles cuenta de su nuevo matrimonio.

La soledad de tantos años sin tener una alma gemela con quien compartir sus gustos, sus triunfos, sus pesares y sus glorias; la separacion

probable de sus hijas, cuando estuvieran en aptitud de tomar estado, hicieron que el Sr. Rio de la Loza se determinara á elegir una nueva esposa, que le ayudara á disfrutar en sus goces y á sufrir en sus penas; así como para encontrar en ella el apoyo que se halla en el cariño de un sér amado.

El 19 de Junio de 1854 verificaba sus segundas nupcias con la Sra. Valenta Miranda, mujer sensata, amable, y de un corazon sensible y amoroso.

En su nuevo estado dió señales de sensatez y de desprendimiento: deshaciéndose de la botica de Vanegas, encargó definitivamente de todos los negocios á su querido hijo Maximino, procurando dedicarse al amparo y educacion de los hijos de la nueva familia, á quienes aseguró una parte de los bienes, distribuyendo la otra, por el testamento instituido, á favor de los primeros hijos.

En esa tranquila mansion del cariño y del amor, le halló la muerte; esa sublime trasformacion de la vida que acaba, el dia 2 de Mayo de 1876.

V.

Hemos procurado presentar al ilustre Dr. Rio de la Loza, sin ese prestigio misterioso con que se historifica en la vida de los héroes y de los guerreros. Su vida de científico y su vida familiar, son el apoteosis más sublime que se pueda hacer de tan eminente genio mexicano.

¡Atrás lo maravilloso y lo ideal que mistifica las brillantes cualidades del buen ciudadano, del severo padre de familia y del filántropo!

Dejemos á un lado la parte mitológica que encubre la verdad de los hechos, y no veamos en esta desaliñada biografía más, que la verdad desnuda que muestra el raro carácter del hombre cuya vida se empleó en beneficio de la sociedad mexicana.

Pero completemos los rasgos biográficos de este genio eminente, ya no considerando su papel sociológico con relación á la ciencia y con respecto á la familia, sino en relacion á los estados político y civil. El ciudadano Rio de la Loza, honrado por el poder público de México con los empleos que en distintas épocas le confirió, siempre correspondió á la confianza que de su persona se hizo.

Se le vió en varias ocasiones como Inspector de medicamentos simples y compuestos que ingresaban á la Aduana.

Vocal de la Junta Directiva de estudios.

Interventor facultativo del Apartado de platas y de la casa de Mone-
da de la Capital.

Presidente de la Sociedad promotora de mejoras de los hospitales.

Miembro del Consejo de Instrucción pública.

Presidente de la Comisión encargada de los tres reinos de Historia Natural, para la formación del Atlas Geográfico y Estadístico del Valle de México.

Representante de la República en la exhibición de Nueva-York.

Miembro del Consejo de Salubridad de México.

Director de las Escuelas de Medicina y Agricultura.

Es increíble el trabajo y actividad que este hombre desplegaba en cada una de sus comisiones, siendo de notar que las Escuelas mejoraron desde entonces, bajo aquella vigilancia estricta y exactitud fabulosa, con que se llevaban en la práctica las leyes de Instrucción pública y los Reglamentos interiores.

En cuanto á patriotismo, nadie le iba en zaga; ningún ciudadano fué más celoso de la honra de su patria, que él que se había identificado con ella.

Es evidente que tenía sus convicciones políticas ocultas en lo íntimo de su corazón: es seguro que le entristecían las revueltas intestinas que retardaban la paz, fuente inagotable del progreso de las naciones; aparentemente se le veía sin afectarse por las fases políticas de la República; pero en los momentos supremos, el ciudadano hacía á un lado al genio; la espada del guerrero reemplazaba en su mano la pluma del sabio; y del solio de la ciencia se le vió bajar para armarse de soldado en 1847, en la época malhadada para México, durante la que el ejército americano hollaba el territorio nacional y asaltaba la Capital.

Entonces se formó, con los maestros y alumnos de la Escuela de Medicina, una compañía militar llamada «Médica.» El Dr. Rio de la Loza era uno de los tenientes de aquel grupo de patriotas, que, agregados al Batallón Hidalgo en esos aciagos días, expedicionaba por los campos del Peñón, Churubusco, San Antonio y demás lugares estratégicos del Valle de México, que se juzgaron útiles para combinar los movimientos militares de nuestro ejército, contra los batallones americanos. La toma de México afectó vivamente al teniente Rio de la Loza.

En cuanto á los actos políticos de su vida, no podemos decir nada: velados por las convicciones de su conciencia, nos están vedados en la parte íntima que se hallan relacionados con sus creencias: de intento nos abstendremos de hacer la más ligera apreciación de ellos, porque siendo las afecciones que más debemos respetar, no podemos lanzar la más ligera indicación sobre hechos que se refieren á esa vida íntima, que identifica la materia con lo que se llama espíritu.

Baste saber al mundo intolerante que, como Director interino de la Escuela de Medicina, protestó á favor de las reformas y adiciones hechas á la Constitucion de 57, en el año de 1873, en que la ley dada por el Congreso de la Union exigia tal protesta.

El Director de la Escuela de Medicina enseñaba á los alumnos á obedecer las leyes emanadas del Congreso de la Union, por medio de los representantes que constituyen el Poder Legislativo.

El ciudadano Rio de la Loza manifestaba con este acto, la obediencia que cada miembro de la sociedad debe tener por las leyes, y guardaba el decoro de su ciudadanía.

El ciudadano Subdirector de la Escuela de Medicina sentia una necesidad imperiosa de descanso: las continuas molestias causadas por su enfermedad, su edad, el amor á la familia, y sobre todo, el deseo de arreglar sus negocios sociales y religiosos, le hicieron pensar en dedicarse á esto; á ese fin solicitó una licencia para retirarse á la vida privada y entregarse á todas aquellas ocupaciones domésticas, que producen el más íntimo cariño de todos los individuos de la familia, por el contacto diario de todos los caracteres, cuya accion identifica las ideas, hace perfeccionar el amor filial y procura la solucion confidencial de los más difíciles negocios.

Al Dr. Rio de la Loza no se le escapaba el conocimiento de su enfermedad; estaba convencido de la gravedad de su pronóstico, y se habia resignado con el conocimiento de su funesta terminacion; convencido de todo, dejaba correr el tiempo y esperaba, despues del arreglo de su conciencia y de sus bienes, que sobreviniera el trance de la disolucion del cuerpo y la vida.

¡Jamás se ha visto tan mimado un padre por los hijos y por la esposa! El cariño de los individuos de las dos familias, por el sér de sus vidas, era superado á porfia por cada uno de ellos. Sus amigos íntimos iban á visitarle, procurando aliviar los padecimientos del cuerpo y del espíritu, y platicando sobre recuerdos familiares ó científicos, sociales ó políticos que habian impresionado su imaginacion.

Varios de sus discípulos le visitaban en el retiro de su casa de la 2.^a calle del Rastro, donde vivia, y aun departian sobre pláticas científicas, siempre instructivas, siempre interesantes y progresistas.

Aun en sus disposiciones testamentarias, este hombre raro, mostró la actividad de su carácter.

Durante los ratos en que pensaba para él, se abstenia de las ocupaciones familiares, dedicándose á formular algo que se refiriera á su persona, y manifestando esa grandeza de alma que definió su carácter excepcional. Entre las ocupaciones de su individuo, se hallaron por sus hijos, algunos escritos curiosos; pero el programa de sus funerales es lo más digno de notarse, pues él mismo dispuso durante su vida, cuanto era preciso para despues de su muerte. Un pliego cerrado que depositó convenientemente contenia su última voluntad.

En los momentos en que habia cesado de existir, se abrió aquel pliego que representaba el codicilo de las últimas disposiciones relativas á su persona. En él mandaba que no se inyectara su cadáver: que despues de un lienzo, se le cubriese simplemente con una capa vieja que habia usado en otra época de su vida: que su muerte permaneciera ignorada, procurando ocultarla á todos; y al dia siguiente, á las cinco de la mañana, se trasladara su cadáver al panteon con el más profundo sigilo. En vida habia redactado tambien el contenido de sus esquelas mortuorias.

.

Se sabe por todos que el programa de los funerales se cumplió al pié de la letra, y que su cadáver reposa en el núm. 15 del panteon de Dolores.

* * *

Los imperfectos rasgos biográficos que os presento apénas son un pálido reflejo del prodigioso conjunto de cualidades que adornaban al hombre y al genio, al ciudadano y al sabio; apénas presentan en boceto las concepciones de su imaginacion rica y brillante, digna de haber florecido en aquellas épocas caballerescas, en que los *grandes y los potentados* prestaban una eficaz y decidida proteccion á las ciencias; á las artes y á la literatura.

Los genios científicos de México necesitan la existencia de un siglo de oro, durante cuyo reinado se levanten algunos hombres magníficos y prodigios que hagan ostentacion de sus dádivas para enaltecer las ciencias y la industria, para ilustrar la vida científica de los hombres célebres de México, con la brillante proteccion que se les conceda.

México posee en su seno mil y mil genios que como el del Dr. Rio de la Loza, son unas brillantes lumbreras en las ciencias, en las artes y en la literatura; pero cuya falta de difusion proviene de la indolencia de los que debian ser los Meconas de esos talentos privilegiados.

Si en México aparecieran los magnates del siglo de Luis XIV; si tuviéramos ese lujo de proteccion por las bellas artes, por la industria y por las ciencias; si cultiváramos los grandes talentos de nuestros hombres célebres; si se protegieran las grandes empresas que dan sér y vida á los pueblos, la patria de Juarez no solo seria profusamente rica en esos talentos que florecen, sino que la pondriamos en aptitud de figurar en un lugar muy encumbrado en la historia de las naciones civilizadas; porque si es cierto que existen talentos privilegiados, no lo es ménos que éstos florecen y fructifican por sus propios esfuerzos, ignorándose su existencia. México necesita, como necesitó la vieja Francia, una época de paz y un gefe que proteja las ciencias y las industrias; un gefe que proteja las sociedades científicas é industriales, que á su vez den ensanche á los descubrimientos útiles, para que sean el núcleo de las industrias productoras de la riqueza pública.

A la vez que necesitamos la existencia de un siglo de oro para el progreso de los talentos científicos y para el adelanto de estas sociedades, se requiere que estas mismas sociedades y reuniones científicas, no se dirijan hácia el adelanto y el progreso por pasiones mal entendidas: el mejor estímulo científico, el mejor modo de procurar el perfeccionamiento consiste en el estudio metódico, en el estudio comparativo y analítico de los hechos que se observan. Déjense envueltas entre los senos del amor propio las pasiones del carácter personal, las vehementes pasiones de asociacion que dan la peor de las consecuencias, *el odio*, y colíguense los ánimos para alcanzar el perfeccionamiento intelectual.

No todos los individuos son predestinados, como lo fué nuestro maestro el Dr. Rio de la Loza; no todos son igualmente favorecidos por la fortuna en cuanto á bienes y capacidad para poder progresar moral y científicamente sin proteccion. Por esta causa es por lo que los rasgos biográficos del genio que celebramos en esta reunion científica, son más resaltantes y más dignos de la admiracion de los mexicanos.

Tributemos, pues, en esta Academia los más profundos recuerdos de veneracion á la memoria del Genio Mexicano, que supo ser buen padre de familia, una esplendente lumbrera en las ciencias naturales que cultivó, y un ciudadano honrado, digno del aprecio de sus comprofesores y de la sociedad en general.

México, Setiembre 30 de 1876.

JOSÉ G. LOBATO.